

preferencia sobre ese presuntuoso Léntulo, y Manobal preferirá tu pueblo al pueblo romano, porque en eso, como en todo, la hija es la que influye en el ánimo y en la voluntad del padre; y como el padre es la persona de más influencia, y el que domina en la asamblea de Tolosa, tú tendrás..

—Dionea,—dijo Carrin,—guíame á la arboleda; deseo hacer mi ejercicio de costumbre. Sigor me perdonará si le dejo algunos momentos con la hija de mi hijo; pero mi vejez no puede prescindir de hacer una pequeña caminata despues de la comida.

—Yo seré vuestro guía, si quereis,—dijo Cesonía.

Carrin la rechazó dulcemente cuando aquélla se le aproximó, y Dionea se apresuró á alejar al anciano con diligente pres- teza.

II.

Sigor siguió á Dionea con la vista largo rato, hasta que la esclava griega desapareció del todo, y entónces volvió sus miradas para fijarlas sobre Cesonía, que permanecía en pié y en silencio no léjos de él, manifestando en su actitud y en su fisonomía el disgusto y la contrariedad que le producía el encargo que le habian impuesto.

Cesonía tenía atentamente clavada la vista en Sigor, contemplando su aspecto, pero era sólo movida por un instinto de curiosidad, y como se mira un objeto raro y extraordinario. Había además en sus miradas la intencion de ese exámen desdeñoso de mofa y desprecio que las mujeres hacen rápidamente del hombre que no les inspira simpatías. Aquella jóven tímida, que ante la impertinente elegancia y sueltos modales de Léntulo se consideraba tan humilde y tan inferior, se disponía, por el contrario, en presencia de Sigor á abrumar á éste con los desdenes orgullosos de su semi-civilización. Sigor, por su parte, no demostró sorpresa ni aparentó ofenderse por aquella insultante curiosidad, y despues de algunos momentos de silencio, dijo á Cesonía.

—Mírame bien, jóven, y te convencerás de que soy un hombre y no un monstruo raro que se exhibe en espectáculo, como esos osos que los cazadores cogen en vuestras montañas.

—También son hombres nuestros esclavos,—respondió Cesonía con una insolencia capaz de desconcertar á otro que no fuera Sigor.

—Di más bien que vuestros hombres todos son esclavos.

—Es muy posible que tengas razón, y

esa debe ser la causa por qué no inspiran más que desprecio.

— Pero el derecho de despreciar no lo tienen sino los caracteres libres é independientes, y no aquellos que aceptan con gozo ó con resignacion la tiranía de un extranjero, envileciéndose aún más que los mismos esclavos.

— También eso es cierto, y estoy conforme con tus apreciaciones; pero sólo pueden aplicarse á los que aceptan esa tiranía, mas nunca á los que imponen la suya.

— Te comprendo, Cesonia, y te compadezco, porque ese romano te adula y te engaña llamándote probablemente su señora y su deidad: desconfía de la sinceridad de esas palabras, endulzadas con fines alevosos, que algún día vendrán en tndaño.

— ¿Y por qué no he de creer en ellas? ¿Para que la verdad sea verdad ha de ser indispensable que se nos presente bajo un aspecto grosero y salvaje, con modales feroces y con palabras mal sonantes ó llenas de acritud?

— No, ciertamente; pero es preciso que esa verdad sea dicha por un hombre que no tenga ningun interes contrario para fingirla.

— ¿Y qué interes puede tener Léatulo que le incite á engañarme?

Sigor dudó un momento en responder á esta pregunta, y al fin dijo á la jóven:

— La explicacion que pudiera yo darte de ese interes está más allá de los límites de tu inteligencia.

— Veo, extranjero, que me lisonjeas en extremo, y que me abrumas con tus delicadas atenciones.

— ¡Oh! Al hablarte así no es á tí á quien censuro, porque tú no puedes saber ni comprender más de lo que te han querido enseñar; pero si yo hubiera tenido que responder á una de las mujeres de mi país, ó á una de aquellas otras que en otros tiempos hacian honor á estas comarcas, yo les hubiera explicado cuál puede ser ese interes, y ellas me hubieran comprendido.

— Pues bien, Sigor; ensaya á ver si puedes hacérmelo comprender: tal vez sea ménos pobre mi inteligencia de lo que tú supones.

Cesonia pronunció estas últimas palabras con tal expresion, al parecer, de sencillez y franqueza, que Sigor, sin sospechar siquiera la doblez de la jóven, le contestó primero con tristeza y luégo con exaltacion y creciente entusiasmo:

— ¡Ah, Cesonia! Ojalá pueda yo despertar en tu alma el sentimiento sublime de nuestra noble fiereza gálica! ¡Ojalá

tambien, viéndote sensible al recuerdo de las glorias de nuestros antepasados, pueda reanimarse mi propio espíritu, recuperar la fortaleza que se extingue en mi alma y desechar la duda que me acobarda! No: yo no puedo vituperarte ni hacerte culpable por que la fatalidad te haya condenado á vivir hasta hoy rodeada de un pueblo tan degenerado que da al olvido todas nuestras antiguas virtudes; ni tampoco puedo acusarte de que no busques esas virtudes como la más noble investidura, como la más preciada dote de una mujer; porque yo mismo, al cabo de cinco años que han trascurrido desde que abandoné los bosques de mi patria y me separé de mis hermanos, ignoro si tengo en el corazon el mismo amor á sus costumbres y el mismo manantial de odio para los extranjeros. Pero tu vista, Cesonia, me ha transportado con mis recuerdos á los tiempos aquellos en que yo no conocia otra cosa sino nuestras leyes, nuestras costumbres, nuestras mujeres y nuestros dioses. Sí, Cesonia; tu eres bella como las hermosas vírgenes de la Panonia; como ellas eres noble, grande, maguánima y esforzada: el triste verdor de la verbena coronaria dignamente tus rubios cabellos: los raudales de tu elocuente palabra darian mayor brillo y esplendor á nuestras asambleas: tus

hermosos ojos azules leerian el porvenir en nuestros oráculos: en tu frente y apostura se descubre el sello de la fortaleza que debe animar á la esposa de un valiente guerrero, para seguirle en los campos de batalla y contar sus heridas. Tu puedes ser, en fin, el amanecer de un nuevo y hermoso dia para la patria, y tan sólo al contemplar tu gentileza arde en mi pecho el fuego del remordimiento por el olvido de mis solemnes juramentos: una sola palabra tuya inflamará mi valor y hará que renazca en mi corazon la esperanza de poder salvar nuestra noble raza; esperanza próxima á extinguirse ya por el desengaño de haber intentado, inútilmente hasta ahora, despertar en las almas de nuestros compatriotas el noble sentimiento de libertad é independendencia, porque los he encontrado tan incapaces de un generoso esfuerzo y de tal manera plegados á la costumbre de ser vencidos y dominados, que he empezado á desconfiar de mi propia firmeza y dudo si habrá llegado la hora en que yo mismo hubiere de aceptar el yugo por la flaqueza, y la ignominia por el ejemplo.

Cesonia, conmovida y afectada en un principio con la exaltacion entusiasta de Sigor, y lisonjeada luego en su amor propio con los elogios que aquél habia prodigado á su belleza y á sus cualidades, recu-

peró, no obstante, su aparente serenidad y meditada calma tan pronto como el galo terminó de hablar, y le respondió con dulzura:

— Sin duda, Sigor, que sería ésa una elevada mision, cuyos resultados deberian ser asimismo honrosísimos y brillantes para tí y para la mujer que te acompañase en tan noble empresa.

— Conquistariamos las dos santas recompensas destinadas al valor y á la virtud, esto es, la consideracion universal y el imperecedero recuerdo de nuestros nombres, que se perpetuaría en la memoria de todas nuestras generaciones.

— Ciertamente; — añadió Cesonia con fingido acento de afectada inspiracion, aunque dejaba percibir su sarcástica mofa — si el poderoso influjo de una mujer amante te estimulase para realizar esos nobles proyectos, que todavía ignoro, es indudable que serías aclamado y saludado por los tuyos con los títulos de héroe y de grande: el reconocimiento y la gratitud pública te colocarían en el rango de los primeros guerreros de la nación: los ejércitos te elegirían su jefe y los pueblos te proclamarían, tal vez, su rey. Esta sería la recompensa que obtendrías ¿no es verdad, Sigor?

— Sí, — dijo el galo creyendo sincero el

entusiasmo de la jóven, — sí, esa sería la recompensa por haber logrado reunir del uno al otro confin del mundo, en són de guerra, á las diferentes naciones gálicas, para que se precipitáran á la vez sobre Roma, invasora de todos los pueblos y vi-ciadora de todas las costumbres.

— Y la recompensa que obtendría la mujer que hubiera reanimado tu valor é inspirado tu fe, sería también grande y extraordinaria; — añadió Cesonia con más abierta y marcada intencion. — Esa mujer sería nada ménos que la esposa de un jefe galo: durante la paz, mientras él se embriagára en la molicie y en la holgazaneria, ella velaría esclavizada bajo el peso de las más rudas y serviles faenas domésticas ó agrícolas; él viajaría tendido sobre un soberbio carro, y ella le seguiría á pié soportando todas las fatigas del cansancio; en la guerra participaría de todos los peligros, huyendo con él si era vencido, pero viéndole á él sólo engalanarse con el botín si era vencedor. ¡Ah! ¿No es verdad que ése es un destino y una posicion envidiable? ¿No es verdad que una mujer debe intentarlo todo por alcanzar tanta dicha?

— ¡Ah, Cesonia! — exclamó Sigor consternado y confuso. — Te mofas sangrientamente del huésped de tus padres y haces escarnio de todo lo que fué siempre sagra-

do y respetable para las mujeres de nuestros antepasados!...

— No por cierto, — replicó Cesonia con insistente sonrisa. — Por el contrario, admiro el envidiable destino de las mujeres de los galos; pero no me considero con méritos bastantes para obtenerlo, y prefiero una suntuosa y confortable morada, el descanso y las comodidades, los placeres de la danza, los espectáculos del circo y del teatro, y el amor y las delicadas atenciones de un romano, á la miserable choza de aneas, á los penosos y rudos trabajos, á las interminables y crueles caminatas, á los goces salvajes de vuestros festines y al maltrato y á los groseros desdenes de un gallo: en una palabra, porque considero preferible el dominio á la esclavitud. Esto será, tal vez, no respetar las costumbres de mis antepasados; pero de seguro será tambien estimar mejor la dignidad de mi sexo. No te admires, Sigor, de esto, ni de que te diga que he creído adivinar tus intentos; porque te he visto conferenciar con mi padre y he descubierto el móvil que le ha impulsado á dejarme á solas contigo. Tambien he comprendido la intencion de haberse alejado mi abuelo; y finalmente, han podido sorprender mis oidos las palabras que te ha dirigido esa esclava cuando se marchó. Pero si Dionea te hubiese dicho la verdad,

si mi padre gobernase la ciudad de Tolosa, si dispusiese de sus destinos, y si yo dominase en la voluntad y resoluciones de mi padre, ten la conviccion de que esta influencia no será jamás provechosa á tus planes, ni se ejercerá en tu beneficio; te lo declaro con la mayor y más sincera lealtad. Aunque me consideres adornada de muy escasas virtudes, he de tener una muy reconocida por ti: la franqueza. No sé, Sigor, si continuarás opinando que carezco de inteligencia; pero puedes estar persuadido de que no me falta, ni me faltará, resolución.

— Cesonia — exclamó Sigor con sonora voz y grave acento, — la firmeza de tu lenguaje y los propósitos de tu conducta me recuerdan la firmeza y la conducta de otra mujer: esa mujer se llamaba Chiomara y fué la esposa del tetrarca Ortiagon. Capturada esa mujer por un procónsul romano, quedó éste prendado de su hermosura y quiso colmarla de joyas y riquezas, convirtiéndose materialmente en un esclavo suyo por la intensidad de su amorosa pasión; ella rechazó primero todas las ofertas y venció todas las seducciones meditando, no obstante, su venganza, hasta que al cabo le concedió una cita; pero cuando él acudió al lugar donde habian de encontrarse, Chiomara le dió la muerte por su

propia mano y escapó al lado de su esposo, ante el cual arrojó la cabeza ensangrentada del romano, diciendo: «Ve ahí la cabeza del hombre que ha tenido la osadía de hacer á nuestra nacion el ultraje de imaginarse que una de sus mujeres podría ceder á los atractivos con que seducen á sus cortesanas.» Cesonia, los galos llamaron heroína á esa mujer, y los mismos romanos la calificaron de santa. Despues de esto puedes considerar el calificativo que te estará reservado.

Al terminar estas palabras, Sigor se separó de Cesonia y salió de la casa de Manobal con propósito y ánimo resuelto de abandonarla para siempre.

Pero cuando atravesaba la arboleda, llegaron á sus oidos los dulces acordes de una lira, que parecian nacer en el fondo de un bosquecillo de abetos.

Detenido en un principio por la sorpresa de aquella celestial armonía y seducido luégo por el encanto y la belleza de tan agradable melodía, caminó maquinalmente sin darse cuenta de sus pasos, y se fué aproximando poco á poco al lugar de donde partian los ecos.

A los acordes de la lira se mezclaba el timbre de una dulcísima voz que se distinguía pertenecer á una mujer, no obstante su brillantez varonil y la severidad de su

entonacion, cuyos efectos eran hasta entónces totalmente desconocidos en el sentimiento de aquel bárbaro, el cual quedó conmovido y profundamente conmovido.

Y no lo fué ménos que de la armonía y del conjunto de aquella voz y de aquel instrumento tan artísticamente pulsado, que dé la letra de aquel cantar, cuya expresion, sentido y poesía eran el mayor contraste de las frases que acababa de escuchar en los labios de Cesonia.

En efecto, los versos de aquel canto ensalzaban la suprema dicha de la mujer privilegiada y distinguida por el amor de un bravo guerrero: exaltaban hasta el supremo grado de lo sublime la inclita gloria que, arrancando de la noble frente del esposo, cual rayo de esplendente luz, iba rectamente á iluminar, con todo su esplendor, la no ménos noble y pura frente de la esposa: inducian al consejo de aceptar los más penosos servicios con heroica abnegacion para llegar á conquistar y merecer tan alta preferencia, y proclamaban, finalmente, el deber de que la mujer consagrarse con entusiasmo una vida oscura y humilde á la existencia gloriosa y brillante del esposo, aceptando y reconociendo la bondad y el privilegio de la suerte que acababa de ser tan insolentemente rechazada y despreciada por Cesonia.

A cada paso habia ido creciendo más y más el asombro de Sigor; pero si grande habia sido su sorpresa al escuchar aquellos votos y aquellas alabanzas, todavía fué inmensamente mayor su admiracion al tener conocimiento de cuáles eran los labios que los pronunciaban. Ciertamente no podia esperar de Cesonia, hija degenerada de los galos, el elogio de las santas virtudes que habian residido en las mujeres de la antigua Galia; pero mucho ménos podia prometerse esos elogios, y tan apasionadamente expresados, en los labios de una esclava griega.

Diónea era, en efecto, la que pulsaba aquella lira y la que cantaba de aquel modo tendida sobre la hierba á los piés del viejo Carrin, que la escuchaba en silencio, absorto y profundamente afectado.

Debe suponerse que la jóven habria empezado á cantar por indicacion y para entretenimiento del anciano; pero despues habia ya seguido cantando por sí y para sí misma: su voz habia comenzado aquel himno, su sentimiento le habia dado expresion, y lo habia concluido con las entonaciones de su alma. Sin duda habia procurado, en un principio, halagar los recuerdos de Carrin y habia venido, al fin, á la irresistible manifestacion de sus propias esperanzas y deseos. Así es que su voz

vibraba con la agitacion del entusiasmo, y se conocia perfectamente que su pecho estaba conmovido por la vehemencia, y que la energía de aquel sublime sentimiento, al brotar de su corazon y al desbordarse por su garganta, debia estremecer todas las fibras de su sér, de igual manera que la inteligente mano y el sentimiento artístico del músico imprimen violenta conmocion y hacen vibrar hasta en su más pequeña partícula al mismo instrumento que animan.

El silencio de la noche hacia más distintos y penetrantes los sonidos de aquella poética armonía. La noche es más comunicativa. Durante el día los multiplicados y diferentes ruidos de todo lo que se agita con vida y movimiento, encierran y contienen á cada uno de esos mismos ruidos dentro del pequeño círculo en que se producen, sirviéndose unos á otros de dique y barrera sin poderse esparcir por los aires. En aquella hora la voz de Dionea, libre de esos obstáculos, se posesionaba del espacio con la penetrabilidad de sus sonoros ecos, á semejanza de los rayos del sol, cuya luz intensa y esplendente se desliza poderosa y vivificante por las diafanidades de la inmensidad. La esclava era en aquel instante como el alma de un instrumento inmenso que esparcia sus notas por el Orbe entero.

El influjo de aquellos sonidos y de aquel acento era todavía más poderoso é irresistible al contemplar el aspecto que presentaba la jóven griega con su bella figura y su artística actitud. El pálido resplandor de la luna hacia resaltar á la vez el blanco mate de su frente y la brillante negrura de sus cabellos: si no fuera por el fuego vivísimo de sus hermosos ojos, se hubiera podido creer que aquella era una fisonomía de mármol sobre un fondo de ébano.

Sigor la escuchaba admirado y la contemplaba estático. El mágico encanto que emanaba de aquella mujer le producía sensaciones que le eran totalmente desconocidas, sensaciones que habían empezado con la embriaguez de su vista y de sus oídos, y concluyeron con los latidos de su corazón y con los suspiros de su alma. Dominado al fin por la exaltación más frenética y por el más vehemente entusiasmo, avanzó delirante hasta colocarse frente á Dionea, exclamando con sentido y conmovido acento:

— Tú sola, mujer sublime y hermosa, eres digna de ser libre, y esclava tuya la que pretende llamarse tu dueña.

Confusa y sorprendida la jóven al escuchar aquellas palabras, se incorporó de repente: una emoción, del todo distinta á la que experimentaba con su propio canto,

agitó subitamente todo su sér, el carmin del pudor ¡coloreó sus divinas mejillas, y todo su semblante se iluminó con la expresión del gozo más inefable, quedando inmóvil, con la frente inclinada y baja la vista, mientras Carrin decía á Sigor:

— No me sorprenden tus palabras, y ellas me anuncian el resultado de tu conferencia con Cesonia. Ya habia yo advertido y avisado á Manobal, hace algun tiempo, que los sentimientos de su hija habian degenerado bajo la influencia y con el trato de ese romano, como se altera la fragancia y lozanía de las flores al soplo de un aire mefítico y dañino: el que imprudentemente abre su casa al extranjero, no debe sorprenderse si, al regresar á ella, la encuentra tambien extranjera para él mismo.

— Ahora, — añadió Carrin, — relátanos lo que te haya dicho Cesonia, y sepamos lo que podemos esperar de ella, en orden al bueno ó mal éxito de tus proyectos.

— De quien tenemos que esperarlo todo y á quien debemos pedir contestación es á Manobal, — respondió Sigor sin apartar la vista de la conmovida fisonomía de Dionea.

— Hemos creído que las mujeres de estos tiempos desplegarían el poderoso y benéfico influjo que ejercían en la antigüedad las mujeres de los galos, porque les suponíamos la práctica de las santas virtudes

en que aquellas venerables matronas se inspiraban; mas ahora te digo que, despues de lo que acabo de oir de los labios de Cesonia, hemos de creer que ya no deben ni pueden ser admitidas en los Concejos de la nacion.

Dionea, al escuchar estas palabras, dirigió á Sigor una compasiva mirada, y apoyando su pequeña y blanca mano en el robusto y desnudo brazo del guerrero, que se estremeció con su contacto, le dijo con dulce acento :

—No desprecies, no, el influjo de la mujer, ni te opongas á que se ejerza en la asamblea pública, porque esa es la razon de que haya llegado á ser más eficaz y temible, y esa tambien es la causa de que no esté puesto al servicio de la virtud. Á medida que los galos han ido separando á sus mujeres de las deliberaciones de las asambleas, han contribuido á extinguir en ellas y en sus almas el amor á la patria y el interes de las conveniencias nacionales: circunscritas á la condicion de esposas sumisas y esclavizadas, se han creado las necesidades que nacen del aislamiento y de las cadenas. No te extrañe, pues, si esas mujeres, careciendo del estímulo de la gloria y de la consideracion pública, se aficionan á los placeres: á falta de aquellos goces del alma, y abrumadas por los des-

denes y por la tirania, necesitan buscar otras alegrías.

—¿Y por qué,—le objetó Sigor,—tú, que todavía estás aún más separada que Cesonia de las asambleas y de las deliberaciones sobre los intereses del pueblo, no tienes los mismos sentimientos que tu dueña?

—Porque la mayor necesidad y el principal objeto de un esclavo no es la dicha: es la libertad.

Miéntas que tenian lugar estas escenas en casa de Manobal, conversaba éste con Léntulo sobre el mismo asunto, aunque en términos más explicitos y determinados, como acontece entre personas que se conocen reciprocamente lo bastante para desennascararse y no emplear los fingimientos con que ocultan á los demas su verdadero carácter, intenciones y manera de ser.

—Y bien, Manobal,—decía Léntulo,—¿cuáles son esas desagradables noticias que traes de Tolosa? ¿No quieren aceptar tus compatriotas la noble proteccion de Roma, y alimentan todavía la necia credulidad de que vuelva á levantarse la fortuna de vuestro vencido réy Bituit (1)?

(1) La primera colonia transalpina de los romanos la estableció Sexto Calvino, fundando la ciudad de Aix, á la cual puso su nombre (*Aqua-Sextia*), al norte de Marsella. A Calvino sucedió en el mando Domitio, y á éste el

—No es ésa, por cierto, una necia credulidad, sino una amada esperanza. Y convéncete, Léntulo, de una verdad muy importante: los galos no aceptarán voluntariamente ninguna dominacion extranjerá, y yo mismo sería el primero que excitaria el valor de mis compatriotas, si creyera, y si pudiese esperar, que sus unidos esfuerzos habian de libertar la patria; pero nuestros aliados de Marsella os han franqueado las puertas de la Galia, y hemos aprendido así que tanto puede conquistarse un país por medio de la astucia y de las artes como por la fuerza de las armas.

—Olvidas, Manobal, que la enseñanza

cónsul Fabio, nieto de Pablo-Emilio. Habiendo atacado los romanos á los allobroges cerca de Aviñon, fueron éstos derrotados en la batalla que libraron en Vindalia (Vedéne), aldea situada en la confluencia del Sorgue y el Ródano. Bituit, poderoso rey de los auvernios ó auvernatos, acudió en auxilio de los allobroges, y con el intento de expulsar á los romanos de las Galias. Con doscientos mil guerreros pasó el Ródano; pero esta multitud de hombres sólo sirvió para que fuese más grande la carnicería que en ellos hicieron los romanos, y para dar más importancia á la gloria del vencedor Fabio. Despues de la batalla que tuvo lugar á orillas del Isère, y cuando se retiraban las tropas de Bituit, fué este citado á una conferencia por Fabio, que se apoderó traidoramente de su persona, y lo llevó prisionero á Italia, con su hijo Congeniato, niño aún, el cual se educó en Roma, y fué más tarde repuesto en el trono de su padre para servir los intereses del Senado, siendo uno de los más fieles aliados de los romanos, y contribuyendo al dominio de éstos en las Gálias. N. del T.)

de semejante sistema no ha venido de los romanos á los galos, sino que, por el contrario, ha ido de los galos á los romanos. Vosotros nos avisasteis que era conveniente y necesario comprar á los marselleses para que nos abriesen el camino de la Galia, el día que vosotros mismos os vendisteis á Aníbal, franqueándole el paso para Italia (1). Pero dejemos en este momento

(1) En efecto, algunos pueblos del mediodía de la Gália, propiamente dicha, pueden ser acusados, no sólo de haber franqueado el paso de Italia á las huestes de Aníbal, sino de haberlas conducido y guiado hasta los desfiladeros de los Alpes, como lo hizo el rey de los Allobroges (los habitantes del Delinado y de la Saboya). Pero no es ménos cierto que cuando esto tuvo lugar, ya los romanos habian aceptado alianza con los griegos de Marsella, y habian desembarcado sus legiones por aquel puerto al mando de P. Corn. Scipion, despues que este cónsul y su colega Marcello habian despojado á los galos de la posesion de Milan, estableciendo ademas dos colonias, aqueude y allende el Po, la una en Cremona y la otra en Plasencia. El intento de los romanos era detener la marcha de Aníbal, oponiendo á éste el ejército de los Volcos, pueblo galo que habitaba las orillas del Ródano, para caer luego ellos mismos sobre las tropas del Cartaginés; pero éste, habiendo derrotado y deshecho á los Volcos, pasó precipitadamente aquel río, evitó el encuentro de las legiones de Scipion, llegó al Saona, y desapareció por los desfiladeros de los Alpes, sin que hasta ahora hayan podido fijar los historiadores los sitios de esas montañas que atravesó Aníbal para penetrar en Italia. Lo cierto es que despues de una penosa marcha de quince días descendió por la Insubria, y en tanto que P. Corn. Scipion, considerando imposible darle alcance á traves de la Galia y los Alpes, se habia reembarcado, y atravesando la Liguria fué á esperarle en las orillas del Tesino, río que separa el Piemonte de la Lombardia, y que es tributario del Po. Alarmada Roma, ordena al cón-

inútiles discusiones, y dime ahora qué noticias son éstas que me has anunciado.

—Lo primero que tengo que decirte es que la guarnición romana de Tolosa ha sido detenida en calidad de prisionera.

Léntulo palideció de coraje al escuchar semejante nueva, y con forzada y sardónica sonrisa exclamó interrumpiendo á Manobal:

—¿Es ésa una prueba de la buena fe de los galos y de su ignorancia en las artes de los tratados secretos? ¿Qué es lo que os han prometido los cimbrios para induciros á tal determinación? ¿Qué parte os está

sul Tiberio Sempronio que se situó con sus legiones en las márgenes del Trevia ó Trevi, otro río tributario también del Po. Anibal vence á Scipion, que debió la vida al auxilio personal y al valeroso arrojo de su hijo P. Corn. Scipion, el Africano; vence también al temerario Sempronio, y, cual torrente sin freno, penetra por los Apeninos en la Etruria, encuentra á Flamínio cerca del poético lago Trasimeno, dispersa las tropas de éste, degollando más de cuatro mil romanos, y se dispone á caminar sobre Roma, que por esta vez se estremeció de espanto y de terror. Pero Roma era una nación que estaba en el apogeo de su poder y en la plenitud de sus fuerzas. Aquellos desastres no quebrantan su energía; á un tiempo mismo pelean sus ejércitos en la Cerdeña, en la Italia, en España, en Macedonia, en Siracusa, en Sicilia y en Grecia; detiene á Anibal en el Brucio, é invade el África. A su vez Cartago, la rival de Roma, es presa del terror, y llama en su auxilio á Anibal, que llega con sus tropas á Zama, donde encuéntrase con P. Corn. Scipion, que tomó cumplida venganza de la derrota de su padre en el Tesino, arrasando y destruyendo á Cartago á sangre y fuego, y dejando cumplido aquel fatídico clamor de Calón: *Delenda est Carthago!* (N. del T.)

señalada del botín y de las riquezas que ellos esperan arrebatarlos?

—Ya te lo he dicho y te lo repito, Léntulo; el ódio y la aversión á la dominación de Roma ha sido el móvil principal que ha presidido en la determinación de los magistrados de Tolosa.

—¿Y prefieren á la de Róma la dominación de esos bárbaros?

—La dominación de los cimbrios no es temible, porque no puede ser duradera: será tal vez un torrente, cuya impetuosidad nos traerá por algún tiempo la devastación y las ruinas; pero ese torrente pasará por la misma fuerza de su ímpetu, mientras que la acción lenta y perseverante de Roma será interminable y lo absorbería todo.

—¿Y crees tú que Roma no sea bastante fuerte y poderosa para dispersar esas falanges, en las cuales poneis toda vuestra esperanza?

—Para dispersar sólo á los cimbrios no dudo que sea sobradamente fuerte; pero no para vencer á esos mismos cimbrios, si llegan á unirse con los galos de todos los países, cansados ya de las invasiones que les hacen los romanos por todas las comarcas donde se encuentran establecidos.

—¿Y cómo han constituido ellos su poder y su dominio en todos los lugares don-

de los encontramos? ¿No ha sido por la fuerza de sus armas y por la ley del vencedor? ¿Por qué, pues, no hemos de poder invocar nosotros ese mismo derecho para posesionarnos hoy de los países que ellos conquistaron ayer?

—Tienes razón, Léntulo; y puesto que el derecho de la fuerza es el verdadero derecho de los pueblos, has de convenir conmigo en que lo mismo pueden servirse de él para el ataque como para la defensa, y que, por consiguiente, no es un acto de púnica fe en los de Tolosa el procurar la disminución de las fuerzas enemigas, por si esto puede acaso facilitar y acelerar la victoria de sus aliados.

—¡Sus aliados! ¡Cómo! ¿Ya son sus aliados? Bueno es saberlo, porque será muy justo que participen de igual suerte todos los pueblos que combaten en defensa de la misma causa. Ahora bien: ¿sabes que los cimbrios han sido vencidos por Cassio Longino y Calpurnio Pison, generales de las legiones romanas?

—Lo que sé,—respondió Manobal,—es que Longino y Pison han sucumbido en una batalla, y que Papilio, teniente de Pison (1), se ha visto obligado á solicitar ar-

(1) Mr. Soulié ha padecido aquí un error de fechas y de nombres. Los cimbrios fueron una horda de bárbaros,

reglo con los cimbrios, dándoles entre tanto rehenes.

Léntulo quedó sorprendido, no precisamente de la noticia, sino de que Manobal estuviese tan exactamente informado; y despues de un momento de silencio, en que procuró ocultar su turbacion, dijo:

—¿Y qué habeis decidido en Tolosa?

—Creo haberte dicho,—respondió Manobal,—lo que habia resuelto la asamblea de los magistrados.

—No es eso lo que te pregunto: lo que deseo saber es lo que ha decidido Manobal.

habitantes de la Jutlandia, que abandonaron su país y su patria en busca de otro clima más benigno y de otro suelo más fértil; y que al descender sobre las Galias arastraron consigo á los Teutones y á los Tigurinos, pueblos también bárbaros que habitaban respectivamente en las orillas del Báltico y en la Helvecia, formando en conjunto un ejército de más de 500.000 hombres. Este movimiento tuvo lugar á mediados del siglo vii de la fundacion de Roma, esto es, más de cien años ántes de la venida de Jesucristo. Roma quiso oponerse á la invasion de la Italia y á la de las Galias; pero los Cimbrios vencieron al cónsul Papirio Cabon en las cercanías de Aquilea y al cónsul Silano en la Narbonesa el año 108 ántes de Jesucristo. Los cónsules que sucedieron á Silano fueron Aurelio Scauro y Cassio Longino, ambos vencidos también por aquellos bárbaros, peticionando el último en una emboscada que le prepararon los Tigurios, como lo dice C. Plinio y su lugarteniente Papilio, hombre sin valor y sin talento, mancilló el honor de Roma entregando rehenes, y dejando que se reprodujera la humillante escena de las *Horcas Caudinas*. El cónsul Cepion obtuvo algunas pequeñas ventajas sobre los Cimbrios; pero no reinando buena armonia entre aquel General y el cónsul Mantio, y dominados ambos por el deseo de quitarse re-

—Hace algunos días que sin vacilacion alguna hubiera yo contestado á esa pregunta de Léntulo, porque entónces aún no habia hablado Sigor al Consejo de los Magistrados, ni nos habia hecho las proposiciones que por su conducto nos dirigen nuestros hermanos de todos los países, ni habíanse decidido los cimbríos á unirse con nosotros para precipitarnos todos sobre la Italia; pues no ignoras que esas tribus, como otras muchas, tienen nuestro mismo origen y son descendientes de aquellos galos que despues de haber sometido la Germania y la Francia, subyugaron la Scitia (1).

ciprocamente la gloria de los hechos, fueron atacados y batidos, Manlio por los Galos y Cepion por los Cimbríos, quedando más de cien mil romanos sobre el campo de batalla, y siendo considerado en Roma este desastre de igual modo que lo fué el de Allia, en que los galos la hicieron temblar más de cerca. Despues de esto se dividieron los ejércitos vencedores: los Teutones asolaron el mediodía de la Galia, y los Cimbríos se encaminaron á Italia; pero Mario, el feroz Mario, venció á aquéllos en las inmediaciones de Aix, y repasando los Alpes alcanzó á los Cimbríos en la llanura de Vercelli, causándoles 120.000 muertos, y haciéndoles más de 60.000 prisioneros el año 101 ántes de la Era Cristiana. Queda, pues, explicado que los generales romanos vencidos por los Cimbríos ántes de la derrota de Cepion, fueron Scaturo y Cassio Longino, y que el lugarteniente que cita Soulié lo era de este último, y no de Lucio Calpurnio Pison, pues se sabe que éste vivió sesenta años despues, que fué Cónsul, Gobernador de Macedonia, Censor y gran enemigo de Marco T. Ciceron, sin que veamos figurar su nombre en las expediciones de las Galias.

(N. del T.)

(1) La Rusia europea.

Léntulo no respondió; pero murmuró entre dientes contra los galos las mismas frases que Sigor habia murmurado ántes contra los romanos.

—¡Por todas partes!—decia—¡Los encontramos por todas partes!

Despues, dirigiéndose á Manobal, continuó:

—Pero aunque tengais igual origen, no teneis ya las mismas costumbres, ni la misma religion; y los cimbríos son tan diferentes y tan extranjeros para los galos, de quienes descenden, como éstos lo son respecto á los romanos, sus eternos enemigos.

—Así es, en efecto,—replicó Manobal,—y no sería yo ciertamente quien pondria obstáculos á una verdadera alianza con Roma, si se hiciera bajo la base de condiciones aceptables.

—Lo creo fácil,—se apresuró á decir Léntulo,—y yo podría conducirte secretamente al campamento de Cepion, nuestro nuevo general, con quien deberias conferenciar para establecer los arreglos que fueran convenientes.

—No consiste en eso la dificultad,—objetó Manobal,—sino en conseguir que la ciudad de Tolosa aceptára los tratados de esa alianza; pero por muy grande que allí sea mi poder y mi influencia, no tengo es-

peranza alguna de obtener buen éxito si la voz de Sigor se pronuncia contra la mía.

—¿Y de qué medios se ha valido ese extranjero para adquirir entre vosotros tanto prestigio?

—Excitando en los galos esas innatas pasiones que dominarán eternamente en sus espíritus, á pesar de todos los desastres y reveses que puedan sufrir; hablándoles de la libertad y de la independencía de la patria como del bien más preciado de los pueblos, y presentándoles, en fin, la guerra y las conquistas como las únicas ocupaciones dignas de su raza y de sus antecedentes. Tú, que no ignoras, Léntulo, la historia de nuestro pueblo, debes comprender cuán fácilmente habrá podido Sigor levantar los ánimos en la Asamblea, evocando los gloriosos recuerdos de los antiguos galos. Y no sólo les ha hecho comprender la ignominia y la afrenta de la posición en que actualmente se encuentran, sino que ha encendido en sus rostros el rubor y en sus corazones el coraje, y ha vuelto á inspirar en sus almas la confianza de su propio valor y la justicia de su causa. ¡Ah! Lo que les falta á los galos no son hombres, ni armas, sino un caudillo. Si los abandonamos, ese caudillo será seguramente el mismo Sigor.

—¿Y no habría ningun medio que hicie-

ra enmudecer esa voz tan influyente y tan poderosa?

—No encuentro ninguno.

—Pues qué, ¿no habita ese hombre en la casa de Manobal, y la casa de Manobal no está situada en un lugar desierto, léjos de toda otra morada?

—Ciertamente que así es,—respondió el galo;—pero Sigor es el huésped de Manobal, y tú no ignoras tampoco que si nuestras leyes castigan sólo con el destierro el homicidio de un compatriota, imponen la pena de muerte al asesino del huésped extranjero.

—¿Y no podría desaparecer ese hombre sin que jamás se supiese cuál había sido su paradero?

—¡Ah! Pero la ciudad de Tolosa tiene conocimiento de que Sigor se ha constituido como huésped de Manobal, y Manobal tiene que responder de él vivo ó muerto: no pienses, pues, en cierta clase de medios.

—¿Y no se te ocurre ningun otro?

Manobal guardó silencio y parecia como preocupado. Lo estaba, en efecto, y no sólo meditaba sobre los medios que podrian emplearse para conseguir lo propuesto por Léntulo, sino que calculaba la manera de presentar y dar forma al que ya tenía proyectado. Diferentes veces dirigió penetran-

tes miradas de estudio sobre la fisonomía de Léntulo, sin decidirse á hablar, como aquel que en la oscuridad de la noche camina por terreno desconocido y peligroso, explorando á tientas, con vacilante pié, ántes de afirmar el paso, y avanzar sobre seguro. La expresion del semblante del romano ofreció poca confianza á Manobal: el rostro de Léntulo manifestaba los signos de la duda, de la incredulidad y de la prevencion de un hombre que teme ser víctima del engaño. En su consecuencia, Manobal empezó por enumerar y presentar todos aquellos medios cuya realizacion le constaba que era impracticable; en vez de abordar la explicacion de los que deseaba proponer á su cómplice:

—Sigor, —dijo, —no es hombre á quien se puede reducir por el temor ni por las amenazas.

—Así lo creo, —afirmó Léntulo.

—Tampoco es hombre á quien se pueda seducir con el oro.

—Soy de tu misma opinion.

—Sin embargo, Sigor no puede ser insensible á toda clase de seducciones. Viajando y visitando diversidad de países para el desempeño de la mision que le ha sido confiada, ha debido ver otros lugares más amenos y más deliciosos que sus bosques y que sus selvas; ha podido contem-

plar otras riquezas incomparablemente mayores y más positivas que las de sus rebaños, y comprenderá otros goces y otros placeres bastante más variados y seductores que los de la caza. Así, pues, ese hombre no puede ser ya indiferente á esos atractivos, y ha de preferir, sin duda, las comodidades de una dulce existencia mejor que la vida salvaje á que está condenado á volver. Y si una voz que pudiera proclamar, sin mengua, los deleites de una ociosa voluptuosidad; si la voz de una mujer, por ejemplo, le excitase á meditar sobre esto, me imagino que muy luego habia de abandonar Sigor sus proyectos.

—¿Y es por eso por lo que le has dejado en compañía de tu hija Cesonia, esperando que sea su voz la que seduzca á ese bárbaro?

—Manobal ha prometido que su hija será la esposa de Léntulo, y sea cual fuere el poder que aquélla ejerza en el corazon de Sigor, y cualquiera que sea la resolucion que éste adopte inspirado por su amor, Manobal no faltará á la fe de su promesa y de sus compromisos.

—Es posible tambien que á Manobal le convenga que su hija procure seducir al bárbaro, en tanto que no llega á ser la esposa de un romano; pero debo advertirte que esto no es del agrado de Léntulo.

tes. ¿Quieres decir con eso que me desvelves mi palabra?

—¿Es acaso más bien que tú desearás retirarla?

Manobal pareció quedar poseído de una angustiosa incertidumbre; pero como todas sus divagaciones y los diferentes asuntos tratados en esta conferencia no tenían para él más que un objetivo, volvió sobre sus intenciones de una manera franca y resuelta, y dejando á un lado á Sigor y á su hija, y á los cimbrios, y á la ciudad de Tolosa, dijo á Léntulo con viveza:

—¿Quién es ese Cepion? ¿Es hombre con quien pueda tratarse razonablemente?

—Yo te acompañaré á su campamento, y si lo que tú le propones fuese aceptable, no dudes que lo encontrarás dispuesto á entenderse contigo. En cuanto á Sigor, te diré que el medio que has indicado para separarlo de sus proyectos es aún más fácil y seguro de lo que tú mismo has podido suponer; pero otra, que no Cesonia, conseguirá ese objeto y realizará nuestros planes: déjalo á mi cuidado, que yo respondo del éxito. Mañana vendré á buscarte para ir al campamento de Cepion; procura encontrar una excusa, un pretexto cualquiera para que Sigor consienta en permanecer un día más en tu casa, y aunque tu ausencia se prolongase más de ese día, yo

te aseguro que no se preocupará de ello.

Después de esta conferencia, Manobal y Léntulo se despidieron y se separaron.

III.

En la mañana del siguiente día, Léntulo se dirigió bien temprano á la morada de Manobal; pero en vez de presentarse á éste ó á su hija Cesonia, procuró antes avistarse con Dionea, en lugar apartado y solitario, celebrando con la esclava una importante y animada conferencia, durante la cual se vió precisado á emplear sucesivamente las más humillantes súplicas ó las más insolentes amenazas.

Pocos momentos después se separaba Dionea del romano profundamente agitada, demostrando una visible alteracion en su semblante, donde al par se manifestaba la animacion de una intensa dicha, y se dibujaba el abatimiento extremo de la desesperacion y de la desventura.

Aquel mismo día Léntulo fué portador de los dijes y joyas que habia ofrecido la víspera á Cesonia, entregando á ésta un precioso collar de pequeñas medallas de plata, unidas entre sí con argollitas de oro, como los que usaban por entonces las mujeres romanas; un lindo espejo de pulido acero; un alfiler de oro para sujetar los